

Y junto a Clarín, Galdós o Pérez de Ayala, el 98 con especial referencia a Valle, etc...

Difícil es sintetizar este libro, diverso en su origen, sugeridor y discutible en alguna de sus apreciaciones. Tal es el caso de la interpretación sobre el papel del ejército en el siglo XIX, donde parece que Gómez Marín toma el todo por la parte. Dice así: «A veces se ha olvidado el papel progresista que el ejército jugó por aquellas etapas». Acaso sea más exacto indicar, siguiendo a Tuñón, que tal papel no cupo al ejército como tal, sino a determinados jefes militares. Es decir, el militar no era propiamente un militar que se metía a político, sino un hombre político que como político usaba de la espada porque era la palanca de poder que tenía a mano, como D. Antonio Cánovas pudo usar del periodismo o de la tribuna del Ateneo y Castelar de su verbo encendido.

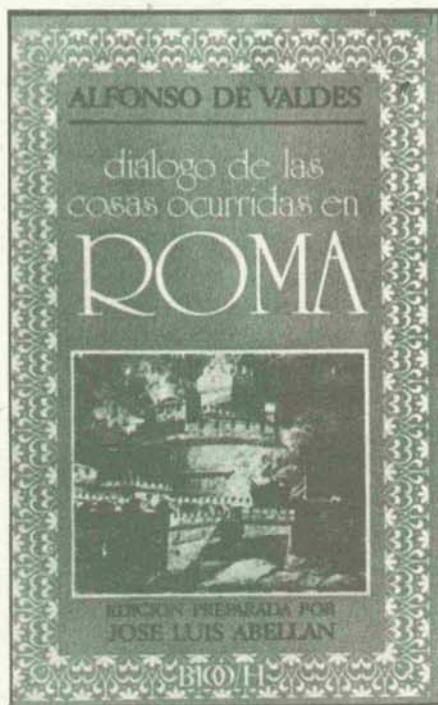
Casi la mitad de las cuatrocientas páginas del volumen están destinadas a antología. La forman una interesante recopilación de artículos y notas de «La conquista del Estado», «Fe», «JONS», «Escorial», etc..., complementarias del trabajo final del libro y verdadero escaparate periodístico de las manifestaciones escritas del fascismo español. ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

EL SACO DE ROMA

De entre los erasmistas españoles de la primera mitad del siglo XVI destaca la figura política de **Alfonso de Valdés**. Nacido en Cuenca en 1490, muerto en Viena a causa de una de las periódicas epidemias de peste que asolaban Europa, el 3 de octubre de 1532, jugó un importante papel en la corte del Emperador. Amigo personal de Erasmo, al igual que de Carlos I, fue secretario de éste y su consejero en cuestiones relacionadas, sobre todo, con los luteranos. Dos obras nos han quedado de su profundo ingenio: «**Diálogo de las cosas ocurridas en Roma**» (1527) y el «**Diálogo de Mercurio y Carón**» (1529). Ambas íntimamente relacionadas a la política imperial y al mismo tiempo testimonios de determinados hechos históricos.

La reciente aparición del primero de estos textos en edición manual¹, nos permite aproximarnos a un documento de enorme interés para conocer, de primera mano, hechos palmariamente manipulados por la posteridad. Me refiero tanto a una determinada comprensión de la actitud política de Carlos I como al suceso concreto del «Saco de Roma», llevado a cabo por las tropas imperiales en mayo de 1527.

Por lo que respecta al primer punto, hay que constatar que Alfonso de Valdés formula las concepciones políticas emanadas de las doctrinas erasmistas presentes ante todo en su «*Institutio principis christiani*», opuestas al pragmatismo político de hechos consumados de Maquiavelo y al cortesano ideal de Castiglione (nuncio apostólico a la sazón en la corte de España). Es ésta fundamentalmente la doctrina de concordia entre las naciones cristianas, el predominio de la negociación sobre la gue-



rra, la idea de imperio como unidad espiritual cristiana en la que el Emperador es su jefe espiritual.

Todo ello explica la actitud de Carlos I hacia los protestantes y hacia Francisco I de Francia, las soluciones negociadas a los conflictos en las Dietas y Paces de Worms y Augsburgo, y también la enconada oposición de Clemente VII a todas las propuestas imperiales. Estas cuestiones son

¹ Alfonso de Valdés: «**Diálogo de las cosas ocurridas en Roma**». Edición de José Luis Abellán. Editora Nacional, Madrid, 1975, 170 págs.

perceptibles en el texto de que hablamos, pero afloran explícitamente en el «**Diálogo de Mercurio y Carón**», en donde Valdés expone la idea de que «no se hizo la república por el rey mas el rey por la república» y, en consecuencia, existe un «pacto entre el príncipe y el pueblo; que si tú no haces lo que debes con tus súbditos, tampoco son ellos obligados a hacer lo que deben contigo». Junto a la noción medieval del imperio, de resonancias carolingias, o al patriarcalismo de la concepción monárquica, presentes en Erasmo y recogidas por Carlos I, esta idea de pacto en que la autoridad instituida es pactada con la comunidad, no deja de sorprender.

El segundo aspecto, y posiblemente el más interesante para nosotros, del libro de que hablamos, lo constituye la descripción del saqueo de Roma. Valdés utiliza como interlocutores a Lactancio, joven caballero, y al Arce-diano del Viso, recién llegado de Roma y camuflada todavía su condición bajo el hábito de soldado. Este cuenta las incidencias del asalto, la muerte del duque de Borbón, general del ejército imperial, y los ocho días de desmanes y saqueos a que se entregó aquella tropa amotinada, hambrienta, impagada y enemiga a muerte, por diversos motivos, de la Corte Romana.

Valdés pone en boca del Arce-diano descripciones realistas en que no se intentan ocultar las brutalidades cometidas. Lactancio, por su parte, se dedica a rebatir razonadamente la naturaleza de los hechos. Esta es, en mi opinión, la dimensión final del diálogo: analizar y descubrir el verdadero responsable del saqueo; restar toda responsabilidad al Emperador y darla por completo al Papa Clemente VII y a la corrupción y vicios de la Iglesia romana a la que Dios castiga por medio de este ejército heterogéneo de alemanes, italianos y españoles. Como dice en la introducción José Luis Abellán, «es la versión oficial de los hechos».

En su defensa de la inculpabilidad de Carlos I y de la absoluta responsabilidad del Pontífice, Valdés no ahorra los adjetivos y acusaciones hacia la Iglesia romana y la corte papal. Con ello nos ofrece una cruda imagen de la situación eclesial en aquel tiempo, escrita no desde el campo luterano, sino desde el de los católicos, que exigían radicales reformas y el cese de la corrupción y el negocio de la religión. Basta leer su calurosa de-

nuncia (pág. 101) de una Iglesia entregada a los ricos, en la que sólo el dinero abre puertas, misas, indulgencias, enterramientos, casorios y bulas; basta comprobar su elogio de la pobreza, para entender lo que lo separa de tesis protestantes como que la riqueza es un signo de la complacencia divina hacia quien la recibe. Tesis que fue en la práctica tácitamente aceptada por la jerarquía eclesiástica durante sus siglos de convivencia con el poder político, aristocrático primero y oligárquico después, mientras se silenciaba y perseguían duramente las propuestas de todos los que lucharon por una Iglesia dotada de su sentido evangélico.

La actual edición, de ortografía corregida, es de fácil acceso para todos los lectores. De este modo se pone al alcance de un amplio sector una obra importante, por tantos motivos, de la literatura castellana y del pensamiento renacentista. ■ JUAN ANTONIO HORMIGON.

AL DIA SIGUIENTE DE LA REVOLUCION

Todos los lunes son malos, de todas las fiestas se despierta con resaca, **post coitum omnia animalia triste**, etc... ¿No hay acaso excepción o esperanza de ella para esta rueda del eterno retorno del desencanto? Tampoco las revoluciones se libran de esto y, según parece, a todas les alcanza su Thermidor. Sin embargo, la fruición con la que los conservadores levantan acta de las esperanzas defraudadas y de los militantes ajusticiados por el poder revolucionario establecido, si tal contradicción en los términos puede darse, son obviamente sospechosas y remiten al nocivo refrán del «más vale no me-neallo». Quienes del fracaso de los intentos revolucionarios sacan la conclusión de que todo estallido contra el orden establecido es dañino, fingen olvidar que lo que acaba con las revoluciones es la prisa por volver al orden, no el mismo proceso libertario: las revoluciones fracasan por no haber sido lo suficientemente revolucionarias, no por haberlo sido demasiado. Según parece, nunca llega a subvertirse a suficiente profundidad, nunca se es bastante radical o radical en el debido sentido, tal

como sucede con esas tumbas excavadas con prisa y poco hondas, en las que las alimañas o un leve desmoronamiento de tierra acaban por sacar de nuevo a la luz la podredumbre que se creía oculta para siempre. ¡Ay, si algún día una revolución alcanzase a herir no ya el corazón mismo de las cosas, sino el propio corazón de los revolucionarios...! François - Noël Babeuf, que más tarde cambió su nombre por el de Camilo y luego por el de Graco, como homenaje a Desmoulins y al tribuno de la plebe romano, vivió la decadencia de la revolución francesa, la disolución traidora de las esperanzas jacobinas, la inmoralidad del Directorio y el ascenso paulatino del joven Napoleón Bonaparte. De extracción muy humilde, Babeuf fue un autodidacta obsesionado por el ideal de la «igualdad perfecta», que había recogido de Mably y había sustentado en Rousseau. Según él, la base de la desigualdad está en la propiedad privada, contra la que ni los jacobinos ni los montañeses habían osado atentar durante la revolución; para abolirla, imaginó un sistema de constantes redistribuciones de bienes, supresión de la herencia y reducción de las posesiones al límite estrictamente necesario. Como había vivido largo tiempo en Picardía, en contacto con el campesinado, era menos favorable a la «ley agraria» que muchos de sus correligionarios; a la fragmentación indefinida de la tierra en ínfimas parcelas autónomas, prefería la creación de granjas colectivas en las que se agrupasen cuarenta o cincuenta agricultores en régimen comunal. No era cruel: se mostró siempre contrario a los baños de sangre del Terror y saludó la muerte de Robespierre como la caída de un tirano homicida, aunque pronto tuvo ocasión de recordar con nostalgia la pureza jacobina y la austeridad honrada del Incorruptible. Su proyecto de la Felicidad Común es evidentemente materialista, en cuanto se funda en la justicia económica y en la correcta utilización de la productividad, pero es de una sobriedad espartana; a su respecto se ha hablado de «pesimismo económico», pues en modo alguno parte de la imagen de una abundancia a repartir, sino de una escasez a controlar. No confiaba en la industrialización y basaba su esquema económico en el predominio del artesano. Pero ante todo le poseía el fanatismo —o, mejor, la seducción— de la perfecta igualdad,

sueño que tiene algo de cansancio por la abigarrada complejidad de la vida, por su multiplicidad de diferencias injustas, caprichosas, inexplicables... Acabar con eso fue el sueño de quienes a sí mismos se llamaron los Iguales y no retrocedieron ni ante las imágenes de masas uniformadas para matar la distinción de vestidos ni ante la proposición de suprimir aquellas artes cuya belleza es fruto de la desigualdad del genio. En el perfecto equilibrio de la igualdad, la sociedad podría reposar al fin. ¿Paraíso monótono? Pero la variedad se paga a tan alto precio de dolor...

Este radicalismo no estaba hecho para agradar a los emancipados miembros de la nueva clase dominante, la burguesía encumbrada en los sangrientos afanes de la revolución, enriquecida con el estraperlo y el contrabando, cuando no con el saqueo puro y simple; esta nueva aristocracia plebeya estaba harta de convulsiones y deseosa de placeres, lujos y comodidades. Y, por supuesto, estaba especialmente dispuesta a reprimir sin contemplaciones los intentos reivindicativos de las masas populares, más miserables y desnutridas que nunca. Sí, la revolución había acabado y Robespierre estaba muerto y bien muerto; el Directorio no vacilaría en aplastar cualquier intento de «anarquía», es decir; cualquier levantamiento que recordase las prometidas reformas revolucionarias que quedaban pen-

